

- Sancho.- Pedro, Alfonso, venid aquí,
hijos de mi sangre, soldados de mis feudos.
- Pedro.- Aquí estamos y contigo vamos
doquiera quieran caminar tus pasos.
- Sancho.- Alejémonos de la mesnada,
que todos contemplen en distancia
la cabeza del reino y el ejército,
que sólo con distancia
puede el cuerpo obedecer con tino
los dictados de la razón
frente a mandatos de un corazón enfebrecido.
Caminemos con precaución junto a la muralla.
Las puertas de Huesca, la vieja ciudad,
que ya vio la muerte de Sertorio en tiempo de los romanos,
están cerradas.
- Alfonso.- No tardarán en abrirse de par en par,
como se abrió el Mar Rojo a Moisés
o como se abre el vientre del animal
al paso del puñal de la matanza.